

A la noticia de este tráfico, estalló Memio con una elocuencia que recordaba la de Cayo Graco (1).

«Habéis dejado vergonzosamente perecer á vuestros defensores, dice al pueblo: no importa; yo atacaré como ellos á esa orgullosa facción que os oprime de quince años acá. Os indignáis privadamente de ver el tesoro público entregado al pillaje y los tributos de los reyes y de las naciones confiscados por algunos hombres; mas para ellos, todavía no era bastante y ha sido menester que entreguen á vuestros enemigos vuestras leyes, vuestra majestad, vuestra religión y hasta el Estado. Lejos de huir ó esconderse avergonzados, pasan á vista de vuestros ojos, ostentando con insolente altivez sus sacerdocios, sus consulados, sus triunfos, premio no de la virtud, sino del pillaje. La buena fe, el honor, la religión, la justicia, todo es para ellos objeto de tráfico. Esclavos comprados á precio de dinero no sufren tal injusticia, ¡y vosotros, romanos, nacidos para mandar, sufrís tan deshonrosa servidumbre! ¿Y quiénes son esos hombres? Los que asesinaron á vuestros tribunos, los que derramaron la sangre del pueblo; esos han venido á ser vuestros señores, trasmitiendo á vuestras almas tímidas el terror que debía estar en sus culpables conciencias. ¿Y qué quieréis? se me preguntará. Quiero la indignación de todos contra los que han entregado al enemigo el honor de la república; quiero que se les persiga y se les juzgue ante los tribunales por testimonio de Yugurta mismo.»

Arrebatado el pueblo por las elocuentes palabras de su tribuno, decidió que el juez más íntegro de aquel tiempo, Casio Longino, fuera al África á comprometer al rey Yugurta á venir á Roma bajo el sagrado de la fe pública, á fin de descubrir los manejos de M. Emilio Escauro y sus cómplices. Contando con el apoyo de los nobles, no temió Yugurta en tener esta condescendencia con el pueblo romano, y vino, en efecto, á Roma; pero cuando Memio le ordenó hablar, otro tribuno, que había comprado ya, le prohibió contestar.

Había por entonces en Roma un príncipe nómada, Masiva, nieto también de Masinisa, y el cónsul E. Postumio Albino, ganoso de dirigir una guerra, hubo de aconsejarle que aprovechara la cólera del pueblo para pedir la corona de Numidia. Pero Yugurta cortó por lo sano haciéndolo asesinar por mano de Bomilcar, confidente suyo, el cual, dado el golpe, consiguió evadirse (110). Tantos excesos pasaban ya todos los límites, y un decreto del senado ordenó al rey salir de Roma sin demora. Cuando dejó atrás las puertas de la ciudad, volvióse Yugurta hacia ella y echándole una mirada de desdén y odio, exclamó: «¡Ciudad venal! no te falta más que un comprador.»

Albino lo siguió al África y al parecer quiso dar á la guerra grande impulso; pero Yugurta, ora combatiendo, ora negociando, hizo que el cónsul fuera llamado á Roma, dejando las legiones á su hermano A. Postumio. Con el anhelo de poner la mano en los tesoros del rey, Aulo, en medio del invierno, condujo á marchas forzadas su ejército delante de Suthul; pero en esta triste historia de la decadencia republicana, se encuentra á cada paso la traición: los soldados quisieron, ellos también, tener su parte en los lucros de la venalidad, y una cohorte de ligures, dos escuadrones de tracios, un centurión y algunos legionarios se pasaron al enemigo, ó le entregaron sus puestos. Con esto, batido y envuelto el ejército, tuvo que pasar bajo el yugo, hasta que se firmó un tratado de paz, entre cuyas condiciones había una que obligaba al ejército romano á evacuar la Numidia

(1) Salustio dice haber elegido este discurso, entre otros muchos del mismo orador, para transcribirlo, asegurando que no ha hecho en él muchas alteraciones: *hujusemodi verbis disseruit.* (Jug., 30.)

en el término de diez días: era la contestación que daba Yugurta al senadoconsulto que les había señalado el mismo término á sus enviados y aun á él mismo para salir de Italia (109).

Fiel á las antiguas tradiciones, anuló el senado el vergonzoso tratado, que el pretor, por otra parte, no había tenido tiempo de concluir, y Albino volvió á toda prisa; pero no pudo hacer nada con aquel ejército desmoralizado por la indisciplina y por la derrota.

Otro tribuno provocó el castigo de estas vilezas. Mamilio hizo que el pueblo ordenara un procedimiento judicial contra todos los que se habían vendido al rey nómada. Escauro, directamente amenazado, tuvo la habilidad de hacerse nombrar miembro de la comisión de información; sin embargo fueron condenados cuatro consulares; entre ellos estaba Opimio, el asesino de Cayo Graco, que fué á morir oscuro y deshonrado á Dyrrachium (Durazo).

Esta guerra, con que se había jugado al principio, vino luego á inquietar los ánimos, porque otra más tremenda, la de los cimbras, se acercaba á Italia. Por eso se elevó al consulado (109) á un hombre íntegro y severo, á Q. Cecilio Metelo, á quien tocó en suerte el África por provincia: era preciso expurgar el ejército de bandolerismo, de indisciplina y cobardía, y á esto consagró Metelo sus primeros cuidados, secundado celosamente por sus tenientes, Mario y el estoico Rutilio Rufo, que ambos habían aprendido á las órdenes de Escipión Emiliano que la disciplina es la garantía de la victoria.

Luego que el cónsul hubo devuelto á los soldados la confianza en sí mismos, entró en Numidia, sin que fueran parte á detenerlo las humildes embajadas del rey, antes bien ganando en secreto á sus enviados para que, muerto ó vivo, le fuera entregado Yugurta (2); hablando de paz, pero avanzando siempre en buen orden hasta Vaga (3), donde había gran número de traficantes italianos, y donde puso una guarnición. Dueño de esta importante plaza, que aseguraba sus comunicaciones con la provincia, sus víveres y su retirada, fué á buscar á Yugurta, y en una acción que duró todo un día lo batió completamente á orillas del Muthul (4) que entra en el mar por *Hippo-Regius* (Bona) (108). Esta victoria arrastró la defección de muchas ciudades: Sicca (el Kef) (5) se entregó á los romanos y vino á ser su almacén ó depósito en la Numidia oriental; Cirta les abrió acaso también sus puertas, y Yugurta, poco á poco abandonado de los suyos, excepto su caballería regular, se vió reducido á comenzar una nueva guerra de escaramuzas rápidas, que podía darle lo que había perdido.

Erizada de montañas que corta el lecho de los torrentes, no es más la Numidia que una serie de valles y alturas abruptas que hacen difíciles las marchas y fáciles las sorpresas. Tales países, habitados por una raza de hombres

(2) Frontin (I, 8) dice que obró con frecuencia así con el doble objeto ó de terminar la guerra con una traición ó de hacer sospechosos á Yugurta todos sus amigos.

(3) Bejah, á orillas del Beja, afluente del Medjerdah, á 20 kilómetros de este río.

(4) Es probablemente el nombre africano del río que los romanos llamaban *Uvus*.

(5) A 15 kilómetros al Sud del *Ued-Meleque*, principal afluente de la derecha del Bagradas y á 45 kilómetros de este río. Se llamó sucesivamente: Sicca, Sicca Veneria, Colonia Julia, Cirta Nova, Siccensis, Chakbanaria y el Kef (Nota de M. Desjardins). Sicca vino á ser más tarde una colonia romana, donde Astartea, la diosa fenicia, se trocó en Venus. Se ha encontrado allí una estatua de esta diosa, y Valerio Máximo afirma (II, vi, 15) que se había conservado allí una extraña costumbre de las ciudades fenicias: las jóvenes, aun de buenas casas, iban al templo de la diosa á ganar su dote con una prostitución sagrada.

semi-nómadas y afectos á su rey, á quien consideraban como un héroe nacional, no podían ganarse con una sola victoria, sino que eran menester mil combates: cada valle se había de tomar como una ciudad y cada montaña como una fortaleza. Metelo se resignó á esta guerra: todas las llanuras fértiles fueron, una tras otra, devastadas, las ciudades incendiadas y pasados al filo de la espada los hombres de armas tomar.

Yugurta lo seguía paso á paso por las montañas girando alrededor de la pesada infantería romana, pero sin atreverse á lanzar contra ella su rápida caballería, que se habría estrellado allí, deteniendo los convoyes, sorprendiendo á los forrajeadores, enturbiando las fuentes y devastando él mismo su propio país. Cuando para acercarse á la provincia, el cónsul sitió á Zama (1), dos veces, durante el asalto, estuvo para caer sobre el campamento romano. Esta acción terminó la campaña; Metelo puso guarnición en las plazas conquistadas, y fué á tomar cuarteles de invierno á la provincia.

Sin embargo, la mayor parte de la Numidia oriental estaba sometida. Sicca, Vaga, Cirta, su capital, y todas las ciudades de la costa estaban ocupadas por guarniciones romanas. Espantado el rey ante el peligro inminente de que continuara semejante guerra, por consejo del traidor Bomilcar que, condenado en Roma por el asesinato de Masiva, se había entendido con Metelo en una secreta entrevista (2), Yugurta pidió la paz y entregó 200,000 libras de plata, sus elefantes, armas, caballos y todos los tráfugas que no tuvieron tiempo para huir á la Mauritania. Pero cuando recibió la orden de presentarse él mismo al cónsul, no tuvo confianza bastante para obedecer y permaneciendo Metelo en el mando volvió á romper las hostilidades conservando lo que de Yugurta había recibido.

Hasta entonces Mario había secundado lealmente á su jefe. Delante de Zama, había salvado el campamento y estuvo en poco que no tomara la plaza. Enviado á Sicca á conducir un convoy, aunque sorprendido, batió á la caballería nómada, reteniendo la ciudad en el partido de Roma. Durante la acción nadie era más intrépido que Mario, ni nadie más infatigable en el campo ni en las marchas. Los soldados veían con admiración á un legado consular dormir como ellos en la desnuda tierra, trabajar en los fosos y plantar las estacadas. Metelo era duro y altivo; á lo menos en su teniente la severidad del mando se templaba con maneras populares y nada mandaba que no estuviera dispuesto á hacerlo. Así, pues, á él solo atribuían los soldados los triunfos de la campaña; los adivinos le predecían alta fortuna, y los negociantes de África, los publicanos, hasta los mismos soldados se la preparaban escribiendo á Roma «que no se vería el fin de la guerra contra el bárbaro mientras Mario no fuera nombrado cónsul.»

Tenía á la sazón cuarenta y ocho años, había ejercido el tribunado, la pretura, y un gobierno de provincia, y ambicionaba las fasces consulares; pero hacía mucho tiempo que los nobles cerraban obstinadamente la entrada á la magistratura suprema á los hombres nuevos «y se pasaban de mano en mano el consulado» (3). En el espacio de catorce años, solamente los Metelos lo habían tenido seis veces. Así, cuando Mario pidió permiso á su jefe para ir á Roma á presentar su candidatura, sorprendido Metelo de su au-

(1) La posición de esta plaza no se ha podido aún determinar: acaso es Yana, cerca de Keff, á cinco jornadas al S. O. de Cartago.

(2) La maquinación fué descubierta y Yugurta hizo matar al desleal Bomilcar.

(3) ... *Consulatum nobilitas inter se per manus tradebat.* (Salustio, Jug., 63.)

dacia, le contestó: «Quítate de la cabeza semejantes quimeras y adapta tus deseos á tu condición: ya será tiempo de presentarte, cuando mi hijo tenga la edad.» El joven Metelo tenía veintiún años y hacía su primera campaña (108).

Herido en su ambición y en su amor propio, no pudo ya Mario contener su odio: delante de los soldados vituperaba la dureza del procónsul; en Utica había prometido á los italianos que aquella guerra arruinaba, apoderarse de Yugurta, muerto ó vivo, aunque sólo tuviera él la mitad de las tropas. Se le ha imputado también una venganza cruel: en una sublevación de los habitantes de Vaga, toda la guarnición romana fué pasada á cuchillo, á excepción de su jefe Turpilio, amigo y huésped de Metelo. Un consejo de guerra condenó á este oficial, y como no tenía más que el derecho del Lacio, fué pasado por las varas y decapitado luego y Mario hubo de jactarse, tras esta condenación, de haber ligado al alma del procónsul una furia vengadora. La sentencia era justa, porque si Turpilio no tuvo parte en el complot, había causado con su negligencia la muerte de todos los romanos (4). Así lo de la venganza de Mario en este hecho no pasa de ser un cuento. Metelo acabó por ceder; pero sólo doce días antes de los comicios consulares. Con eso y todo, fué Mario tan diligente que llegó á Roma el séptimo día.

Desde el triunfo de Memio y el éxito de la ley Mamilia, habían cobrado aliento los tribunos. Por su reputación y por su odio á los nobles, Mario merecía el apoyo de ellos: presentáronlo al sufragio, y los ciudadanos de las tribus rurales acudieron en multitud á votar por el hijo del aldeano de Arpino. Mario fué elegido cónsul, y el pueblo que no se contiene más en su favor que en su odio, anuló un decreto del senado que reservaba á Metelo su gobierno, y asignó al nuevo cónsul la provincia de Numidia. Desde entonces Mario no guardó ya mesura y sin cesar repetía que su consulado y su provincia eran despojos ópimos tomados á los nobles.

«Me habéis ordenado dirigir la guerra contra Yugurta, dijo un día al pueblo, y la nobleza se ha indignado de ello. Reflexionad, os lo ruego, reflexionad si convendría cambiar vuestra decisión y elegir entre la multitud de los nobles un hombre de vieja raza que cuente muchos abuelos y ninguna campaña, á fin de que turbado con tan pesado cargo y sintiendo el peligro de su ignorancia, tome á alguno del pueblo que le enseñe su oficio. Conozco muchos, que al llegar al consulado se dieron prisa á leer los hechos de armas de nuestros antepasados y los escritos de los griegos sobre el arte militar. Lo que han leído ellos, lo he hecho yo, y lo que han aprendido en los libros lo he aprendido yo en el campo de batalla. Juzgad ahora lo que vale más, los actos ó las palabras.»

»Para justificar vuestra elección, no puedo ostentar las imágenes, los triunfos, los consulados de mis mayores; pero tengo lanzas, collares, un estandarte, multitud de recompensas militares, y muchas cicatrices en mi pecho. Esta es mi nobleza. Esa gente desprecia mi origen, yo sus vicios; olvidan sin duda que el más noble es el más bravo. ¡Ah! si se pudiera preguntar á los ascendientes de Albino y de Calpurnio á quién de nosotros tres quisieran tener por hijo ¿cuál sería su respuesta? Dicen que soy un hombre grosero, porque no sé ordenar un festín, y que tengo en más á un labrador que á un cocinero y á un histrión. Lo confieso de buena voluntad, porque aprendí de mi padre y de otros

(4) Metelo hizo matar á todo el senado de Vaga, y cortar las manos á los tráfugas tracios y ligures, enterrándolos luego hasta la cintura para que el ejército formado en círculo los rematara á flechazos.

hombres de bien que la elegancia pertenece á las mujeres y á los hombres el trabajo, y que para nosotros las armas son el mejor de los adornos.»

Y todavía continuó mucho tiempo flagelando en su rudo lenguaje la codicia, la necedad y el orgullo de los nobles; tres vicios, decía Mario, tres vicios que hasta entonces habían protegido al rey Yugurta.

Pero más grave que estas rencorosas palabras fué el hecho de abrir las legiones á los proletarios (1), como que en esta audaz medida palpaba toda una revolución. Hasta entonces no se habían admitido en el ejército sino hombres que, poseyendo algunos bienes, daban á la república una prenda ó garantía de su fidelidad. Cuando Mario dió armas al populacho, el servicio militar, en vez de ser un deber cívico, fué ya solo un oficio, y los pobres que en la ciudad vendían sus votos, en el campo de batalla venderían su valor. Por espacio de ochenta años, las legiones no serán ya los ejércitos de la república, sino de los caudillos, que sabrán muy bien comprarlas á precio de la indisciplina, del botín ó de la gloria.

IV. — MANDO DE MARIO EN LA NUMIDIA (107-105).

El senado no había querido irritar con una resistencia inútil la oposición popular que se formaba alrededor de Mario, y los preparativos de su partida se hicieron con la mayor rapidez: dinero, víveres, armas, equipos de todas clases, Mario obtuvo todo lo que quiso pedir. La noticia de las ventajas obtenidas por Metelo apresuró más su partida.

Este general, al abrir su tercera campaña, había dispersado otra vez el ejército nómada y rechazado al rey al desierto. Con algunos *jinetes reales* y los trófagos, pudo Yugurta llegar á la plaza fuerte de Tala, donde estaban encerrados sus hijos y sus tesoros. Metelo no temió arriesgar su ejército en aquellas soledades sin cultivo y sin agua. Entre Tala y el río más inmediato, en un espacio de 50 millas, no se encuentra más que una llanura árida y desierta. Metelo dejó atrás toda su impedimenta, reunió gran número de bestias de carga, para llevar trigo y agua para diez días, y luego organizó convoyes que los indígenas debían conducir á día fijo. Así pudo sin peligro obstinarse por espacio de cuarenta días en el sitio de esta plaza; sino que cuando la tomó, se había evadido ya Yugurta con todos sus tesoros. Amenazado por la traición, perseguido sin descanso por un enemigo infatigable, este príncipe no sabía dónde reclinar la cabeza. Desde la conspiración de Bomílcar y de Nabdalsa, uno de los más ilustres jefes nómadas, no se fiaba de ninguno de sus servidores, ni se atrevía á dormir dos veces seguidas en el mismo sitio.

Mucho tiempo anduvo errante en los desiertos de los gétulos; su reputación y sus tesoros atraieron á su alrededor á aquellos bárbaros, que él armó y disciplinó, y hallándose entonces al frente de fuerzas numerosas, trató con su suegro Bocco, rey de Mauritania. Ya irritado este príncipe de que el senado hubiera desechado su alianza al principio de la guerra, veía con espanto los desastres de Yugurta. Su yerno tuvo poco que hacer para arrastrarlo á su favor, y reuniendo los dos reyes sus fuerzas, marcharon hacia Cirta bajo cuyos muros se había atrincherado Metelo. Allí supo éste que se le había relevado del mando y que estaba para

(1) *Ipsæ milites scribere, non more majorum, neque ex classibus, sed uti cuiusque lubido erat, capite censos plerosque* (Sal., Jug., 86). Y aún de esta frase tan verdadera: *homini potentiam quarerenti egentissimus quisque opportunissimus.*

llegar su odioso rival. Por no verlo siquiera, encargó á Rutilio de entregarle el ejército y partió para Roma, donde sus amigos hicieron que se le diera el triunfo con el sobrenombre de Numídico. Un tribuno del pueblo lo acusó, sin embargo, de concusión; pero cuando presentó sus cuentas á los jueces, éstos desviaron la vista y lo despidieron absuelto.

La guerra no estaba terminada, sin embargo: Yugurta y Bocco, siempre retirados en parajes inaccesibles, seguían de lejos el nuevo ejército de Mario esperando encontrar



Bocco (2)

una ocasión favorable para caer sobre las inexpertas legiones. Pero el cónsul, hábilmente servido por sus espías, sabía día por día lo que hacía el enemigo y prevenía todos sus designios. En muchas escaramuzas batió bravamente á los gétulos y en poco estuvo que en un encuentro cerca de Cirta no matara á Yugurta por su propia mano.

Luego que hubo aguerrido así á sus tropas, adoptó el sistema de Metelo. De todas las hazañas de este general, la más celebrada fué la toma de Tala. Mario fué á atacar más lejos, en el desierto, en medio de una llanura infestada de serpientes, la ciudad de Capsa, y la tomó en un día, sin perder un solo soldado; lo que no le impidió incendiarla, matar todos los jóvenes y vender los demás habitantes.

(2) Estatua de la colección Mattei. M. Brosse ha creído que esta estatua representa al rey Bocco. Nosotros creemos con Clarac que más bien representa á un rey asiático. Las partes desnudas son de mármol gris; las ropas de alabastro con grandes manchas, lo que hace particularmente interesante esta estatua.

Muchas otras ciudades fueron tomadas ó abandonadas por sus habitantes y entregadas á las llamas.

Hasta entonces se había concentrado la guerra en la parte de la Numidia limítrofe á la provincia romana; Mario la llevó al otro extremo, hacia las fronteras de la Mauritania.

No lejos del *Mulucha* ó *Malva* (Muluya), frontera común de los nómadas y los moros, se alzaba en medio de la llanura un montículo coronado por una fortaleza, á que sólo daba acceso un estrecho sendero, limitado á una y otra mano por grandes precipicios. Yugurta había depositado allí parte de sus tesoros, gran provisión de víveres y una buena guarnición, provista copiosamente de agua de pie. Imposible expugnar aquella posición con los medios ordinarios, las terrazas, las torres, los manteletes; y sin embargo, Mario tenía mucho empeño en tomarla. Un ligur que servía en las cohortes auxiliares, hubo de salir un día del campamento á buscar agua, dió vuelta al montecillo y al lado opuesto al ataque vió unos caracoles que subían por la roca. Ayudándose con pies y manos trepó á la roca para cogerlos y añadirlos á su ordinario sustento, y más y más interesado tras ellos fué subiendo tan arriba que llegó al pie de una encina cuya copa llegaba á la cima del montículo. De las ramas del árbol pudo saltar á esta altura y desde allí vió la fortaleza á sus pies y á la guarnición que se burlaba de los vanos esfuerzos de los romanos.

Sobre la referencia que hizo de su excursión, dió Mario orden á cinco trompetas, escogidos entre los más ágiles, y á cuatro de sus más bravos centuriones de renovar el escalamiento del ligur. Siguiéronle éstos llevando á la espalda la espada y el escudo, hecho de cuero á fin de que pesara menos y no hiciera ruido al choque, y el soldado que les precedía ató á las raíces y á las puntas de las rocas cuerdas con que se ayudaran sus compañeros. Sostenía también con la mano á los que flaqueaban en camino tan peligroso, y cuando éste aumentaba en algún punto demasiado difícil les hacía pasar uno tras otro sin armas, que él llevaba detrás de ellos.

Por fin llegaron á la cima. Todos los nómadas estaban ocupados en los muros en rechazar un violento ataque. Pero cuando oyeron las trompetas y vieron por encima de sus cabezas soldados y armas, creyeron que el ejército romano estaba ya en la plaza y sobrecogidos de terror, huyeron dejando que Mario, que dirigía el ataque, tomara la muralla (1).

A este sitio vino Sila, su cuestor, á incorporarse con un escuadrón de caballería latina. Difícil hubiera sido reunir dos hombres de carácter más opuesto. Sila, de la ilustre familia Cornelia, pero de una rama que hasta entonces había estado oscurecida, amaba tanto las nuevas costumbres, el placer, la elegancia de las maneras y del lenguaje, como Mario las odiaba. Pródigo de sus bienes como de su amistad, ávido de gloria, valeroso, elocuente y activo é infatigable, muy luego se hizo querer de los soldados y oficiales, y hasta el mismo Mario distinguió con su cariño á aquel joven noble que no contaba con sus antepasados.

Yugurta había perdido sus ciudades y sus fortalezas, y para decidir á Bocco á arriesgar una gran batalla, su última esperanza, le prometió una tercera parte de su reino. Sorprendido el ejército romano por los dos reyes en una marcha, estuvo cercado toda una noche en una colina; pero al amanecer, recobraron la ventaja los legionarios é hicieron gran matanza de gétulos y moros. Otra sorpresa intentada cerca de Cirta puso momentáneamente en peligro á las legiones. En medio de la refriega, gritaba Yugurta á los ro-

(1) Sal., Jugurtha, 92-94.

manos mostrando su ensangrentado hierro y diciendo que había dado muerte á Mario por su propia mano; y ya se introducía el desaliento y con el desaliento el desorden entre los legionarios, cuando sanos y salvos acudieron Sila y Mario mismo. Los dos reyes se pusieron en precipitada fuga, y sólo á esto debieron su salvación.

La fidelidad de Bocco no fué más allá de este doble desastre, y cinco días después solicitó tratar. Mario envió al senado los diputados del rey, y el senado contestó: «El pueblo romano jamás olvida las injurias ni los servicios: perdona, sin embargo, á Bocco, puesto que se arrepiente; pero en cuanto á la alianza y amistad de Roma, no las obtendrá hasta que haya sabido merecerlas.» Reserva siniestra que el bárbaro comprendió.

A nuevas instancias de Bocco, Mario confió á su cuestor la peligrosa misión de atravesar toda la Numidia y buena parte de la Mauritania para ir á conferenciar con el rey.

Los retóricos se apoderaron de esta situación para trazar el cuadro dramático de las incertidumbres de Bocco, el cual se inclinaba un día á entregar á Yugurta á los romanos, y el día siguiente, al contrario, á entregar á Sila á Yugurta (2). La primera traición terminaba la guerra y aseguraba á Bocco una provincia; la segunda atraía sobre él todas las venganzas de Roma, sin darle una probabilidad de éxito ni quitársela tampoco á Mario. En esto no debió pensar siquiera. Ello es

que llamado Yugurta á una conferencia con su suegro fué cargado de hierros y entregado á Sila, el cual le hizo atravesar encadenado todo su reino (106).

Era costumbre que un general vencedor no abandonara el país que había conquistado sino después de organizarlo en consonancia con los intereses de Roma, y con esto, Mario pasó aún cerca de dos años en Numidia. Quisiéramos saber lo que hizo allí; pero no se trataba ya entonces de grandes combates, de peligrosas escaladas, de trágicas aventuras; las obras de la paz, trabajos de hábil previsión no se prestaban á la elocuencia. Salustio no dice una palabra y termina su historia en la prisión de Yugurta.

Antes de salir de Africa, arregló Mario la suerte de su conquista y con favores hábilmente distribuidos, se hizo allí clientes, cuyos hijos, fieles á las amistades paternas, hubo de encontrar César. Bocco recibió la Numidia occidental (provincia de Argel y Orán) y el Africa romana se aumentó con una parte de la Numidia oriental. El resto del reino se cedió á Gauda, último príncipe de la antigua familia real. Tenía el senado en aquellos momentos negocios demasiado graves para tomarse el embarazo de formar una nueva provincia en un país ingobernable aún, porque no había en él nada en que pudiera apoyarse Roma para conservarlo. Prefería entregar este reino debilitado á prin-

(2) Según Apiano, el proyecto de entregar á Yugurta era cosa resuelta desde mucho tiempo atrás (*Numid.*, fragm., 4). Salustio cree las vacilaciones de Bocco, pero su misma narración prueba lo contrario. Yugurta estaba aún al frente de una tropa numerosa y fiel; tenía inteligencias con los moros, y á la menor sospecha se hubiera lanzado al desierto. Para traerlo alejándolo de los suyos, se necesitaba mucha doblez, y Bocco, que estaba en tratos con Mario hacía tiempo, tuvo toda la necesaria para llevar á buen término su traición.

(3) De una moneda. Clarac: *Iconogr. roman.*, p. 1039, núm. 3205.



Sila (3)